

VII

NEAN.—Mucho proejó contra la corriente el esforzado Capmany. Su *Arte de traducir el idioma francés al castellano*, impreso en 1876, bastaba por sí para avergonzar á los atrevidos traductores, que sin competente preparación se abalanzaban á poner en castellano libros franceses de toda ralea.

GER.—En mal castellano, debieras decir, como lo demuestran los desbarros de aquellas traducciones, emprendidas sin la necesaria prevención. Algo logró Capmany con su asidua laboriosidad. Me doy á conjeturar que el filósofo Rancio habría despotricado mucho más sin comparación, cuanto al lenguaje, con sustentar sana doctrina, si no le hubiesen tirado de la rienda Capmany y Garcés con sus cuerdas amonestaciones. Galicista fué el Rancio, si bien su apodo huele á purismo; su ranciedad está en la enseñanza filosófica tradicional, no en el corte del lenguaje, dado que conserve cierto

color de castizo en su primera vista y apariencia, pero en realidad de verdad tan afrancesado es como el de Quintana y Jovellanos, insignes muñidores de las francesas *conquistas*, cuyos desafueros no contrarrestó Capmany cual cumplía á valeroso defensor del tradicionalismo. ¡Cuántas veces tuvo Baralt que irle á la mano! No por otra razón sino porque giros castellanos puramente castizos echábalos él á gabacherías reprobables. ¿Por qué confundía lo tradicional con lo novelesco, sino porque le faltaba estudio reposado de la clásica dicción, á pesar de su aficionada inclinación á lo antiguo?

GAM.—No le neguemos, señor, á Capmany la gloria de haber propagado el gusto del lenguaje castizo en la divulgación de trozos selectos, entresacados de los escritos de más nombradía, y juntamente en las observaciones críticas con que adornó el libro de Garcés.

GER.—La nombradía dióselo él con su publicación; apoyóla Garcés yéndole á la huella.

NEAN.—Pues qué, ¿no eran acaso dignos de inmortal memoria los escritos de Granada, de León, de Mariana, de Sigüenza, de Márquez, de Saavedra, de Rivadeneira y de los otros autores sacados á la publicidad por el incansable Capmany, á costa de tantos sudores?

GER.—Éranlo, por cierto, Neanisco. Ojalá les hubieran los *conquisteros* tenido la reverencia que su calidad demandaba. Mas, ¿dónde se dejó Capmany la majestad de aquellos extre-

madísimos maestros, Rodrigo de Solís, Pedro de Vega, Antonio Alvarez, Tomás Ramón, Juan de Pineda, Diego de Vega, Valderrama, Villegas, Zamora, Gallo, Tapia, Salmerón, Quiñones, Rebolledo, Pérez, Cáceres, Altuna, Lainez, Juan de los Angeles, Luis de la Palma, etc., etc., nombres de grandísimo porte, apenas conocidos fuera del siglo xvii, no mencionados por el Diccionario de Autoridades? Decidme, amigos de la verdad, ¿no convenía al triunfo de la buena causa entendiesen los galiparleros no eran solos veinte ó treinta sino centenares los clásicos autores que con su lenguaje tradicional acusaban de temerarias las novelorías del triunfante galicismo? Merecedores eran de memoria, sin género de duda, éstos y aquéllos de igual conformidad, en crédito de las formas castizas, cuya elegancia venían á desfaltar los noveleros con la introducción de formas afrancesadas.

NEAN.—Todo eso me parece muy rebién D. Geroncio. Pero esclarecida empresa fué la de Capmany en su *Arte de traducir*, si propuso formas castizas contrapuestas á las afrancesadas, ya que la traducción suele ser el vehículo por donde entra insensiblemente el contrabando de la barbarie. Osara yo asegurar ser más dificultosa la tarea del traducir con acierto que la del escribir correctamente. A lo menos yo, por mi parte, no la quisiera tomar en ninguna versión.

GAM.—De agudo despuntaste, Neanisco; ¿qué es eso de *no la quisiera tomar*?

NEAN.—También se me alcanza á mí el cortar un pelo en el aire. Quise decir por esa elipsis que no quisiera yo tomar parte en ninguna traducción.

GAM.—Hombre de Dios, grandísimo mastuerzo, ¿no sabes que el *tomar parte en alguna cosa* es frase totalmente francesa? Los españoles decimos *tomar parte del dinero*, no en el dinero; los clásicos solían usar el *tener parte en la traducción*, mas no *tomar parte* en ella. La Puente dijo: «Tomar de los tres días alguna parte, y ésta bien pequeña» (Medit., p. 5, med. 2).

NEAN.—Así lo creo; pues yo, repito, no quisiera entremeterme en el oficio de traductor.

GER.—Mentira, Gamantes, no usó tal lenguaje el clásico Lapuente, imposible que dijese *ésta bien pequeña*.

GAM.—Así lo leo yo en la edición hecha por Subirana, año de 1856.

GER.—Lee en la edición de 1690, hallarás: *esa bien pequeña*. ¿Para qué son las entendederas, hijo? ¿Todavía no sabéis distinguir el *eso* de *esto*?

NEAN.—Sóplate esa, Gamantes; quien es de la cofradía tome candela. Torno á decir, señor, que yo no trato de meterme en ocupación de traducir.

GER.—Muy bien dicho, atinadamente pensado, porque quien chapucee el castellano, como tú, ¿qué estofa de traducción podrá de sí prometer? Pero ten presente lo dicho, que Capmany repudió maneras de lenguaje muy castizas, tomándolas por agabachadas. Es verdad, el autor no se gloria de haber sobrepujado las dificultades de la empresa, como en su Prólogo lo declara, aunque bien merece alabanza, tanto por la novedad del designio cuanto por la ejecución, no intentada de nadie hasta su tiempo. No es maravilla se halle menos en su libro la puntualidad de la versión.

NEAN.—No es mi ingenio para conceptuar con sutileza; mas si tengo de interpretar por mi santiscario lo que se me viene, diré sin rebozo que, á haberse los traductores del siglo XIX ajustado á la pauta trazada por Capmany, no habría el galicismo ganado entre nosotros tanta tierra ni proporcionado tantos vicios de lenguaje.

GAM.—Cuenta, hijo, entre ellos ese tu *proporcionado*; dale zarazas, que es francés, no le tornes á mentar en tus días. Podrás decir *dado lugar, facilitado, ocasionado, causado*, porque las palabras han de ser proporcionadas al concepto: ¿me explico?

GER.—El faltarle á Capmany conocimiento cabal del lenguaje castizo fué por no haber ocupado el tiempo conveniente en su estudio, comoquiera que no basta leer, si el lector no

se hace bien cargo de lo que sus ojos registran.

GAM.—Grande palabra. Téngola yo conocida por mis ojos. Cuántas veces, con haber sido sin cuento las que he leído el *Quijote*, pareceme ser la primera cuando caigo en alguna locución enfática, como aquella *mala me la dé Dios* (p. 2, cap. 3), esto es, *mala ventura*; ó también aquella *vengan y al corral con ellos* (p. 1, cap. 6), es á saber, *vengan esos libros y demos con ellos en el corral*. Nuevos se me hacen muchos capítulos por las vivezas que en su lectura descubro. ¿No te parece, Neanisco mío, cosa del cielo aquella salida de Sancho Panza, que «mirando á todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternóster y sendas avemarías?» (p. 2, cap. 41).

NEAN.—Hasta devota me parece á mí la ocurrencia.

GER.—De devoto no peca el *Quijote*. Tentado se sentirá tal vez el lector de dudar si había entonces iglesias en el mundo ó si se hacían en ellas los oficios, pues nunca parece allí ninguno de los interlocutores, que tampoco sabemos si confesaban, si comulgaban, si rezaban el rosario, si guardaban los días colendos, si ganaban indulgencias, si cumplían con Pascua florida, como lo manda la Iglesia de Dios.

NEAN.—No estoy con v. m. en eso de creer que el novelista ha de subirse al púlpito á ser-

monear. El *Quijote* no es un sermonario, ni lo había de ser: esto opino yo, *salvo meliori*.

GAM.—Diste en el punto, Neanisco. No es sermonario el *Quijote*, pero persigue, como el más acreditado púlpito, los vicios en forma de festiva narración, alegrando las almas y moviendo á risa, *res sane difficilis*, decía Cicerón, que también sé yo dar en latín mis alcaldadas.

GER.—No nos entendemos aquí, hijos míos. Lo que yo decía es que Cervantes no se muestra devoto en su Novela. No entablo ahora disputa sobre si tenía ó no tenía obligación de convertir en púlpito el caballo Rocinante; sino que soy de parecer que en eso no le convirtió en hecho de verdad.

GAM.—Sírvese v. m. escucharme un ratito, y oirá cómo opinamos Neanisco y yo.

NEAN.—D. Geroncio, concédale v. m. la palabra. Así, Gamantés, toma la palabra y al avío.

GER.—¿Qué oigo, San Pancracio glorioso? ¡Conceder la palabra, tomar la palabra! ¿Es, por ventura, la palabra algún rábano por ahí que se pueda tomar, cual si dijéramos, por las hojas? En castellano, hijo mío, la voz *palabra* no es eso. Las frases *conceder la palabra, tomar la palabra, pedir la palabra, negar la palabra, tener la palabra, ceder la palabra, diferir la palabra, retirar la palabra, usar de la palabra*, son fruto de aquel contrabando que dijimos introdujeron en España los conquisteros del

siglo xviii. Los clásicos, al juntarse en Cortes ó al conversar entre sí, nunca semejantes locuciones usaron. La repugnancia está en el término *palabra*, que no significa *facultad de hablar*, ni *licencia para hablar*; no hay tal acepción en toda la literatura del siglo xvii. Esa jerigonza nos viene de Francia. No mancilles, hijo, la galanía de la lengua con tales garrapatones, cepos quedos. Toma, Gamantes, la mano, yo te concedo la vez por cuanto tiempo quieras entretenernos con el elogio del *Quijote*.

NEAN.—Antes ruego, señor, séame lícito proponer la duda que me ha quedado sobre el *tomar la palabra*. Veo tan generalmente usada la frasecilla, aun con la aprobación de la Academia, que tendría yo por cosa dura el vedar su uso en muchos casos.

GER.—Cierto, la Academia, en la segunda impresión del Diccionario, 1770, aprueba que el *tomar la palabra* se diga del que empieza el discurso ó prosigue la conversación de otra. Mas carece la Academia de autor clásico que abone su dicho, puesto que ella no tiene autoridad para reformar el lenguaje. Yo te traeré una cláusula del P. La Palma, uno de los más castizos escritores del siglo de oro. Hela aquí. Hablando de las negaciones de San Pedro, dice: «Uno de los que allí estaban afirmaba y decía: verdaderamente que este hombre andaba con él, porque se echa de ver que es galileo. Y tomándole la palabra los que allí

estaban, se la repetían á Pedro, diciendo: sin duda ninguna que tú eres de ellos, porque eres galileo, y eso no lo puedes negar, porque en el habla se te echa luego de ver. Y esto decían, porque aunque los galileos hablaban la misma lengua hebrea, pero tenían su propia y conocida pronunciación.» Esto escribió el P. La Palma en su *Historia de la Sagrada Pasión*, cap. XIII, libro no citado en el Diccionario de Autoridades. ¿Qué significa aquí la frase *tomar la palabra*, sino tomar los presentes de la boca de aquel hombre la expresión que acababa de pronunciar? Luego *tomar la palabra* no es *empezar á decir*, ni *proseguir lo empezado por otro*. ¿No lo ves, hijo? Cuando tú dijiste á Gamantes *toma la palabra y al avío*, no te conformabas con el uso clásico.

NEAN.—Lo entiendo muy bien. Mas, ¿por qué no podía la Real Academia autorizar por sí esa frase?

GER.—Porque no es ella autora, ni maestra, ni reformadora del lenguaje, como ella misma lo declaró. La Real Academia, en la segunda impresión de su Diccionario, ajustándose á lo dicho en la primera, al dar cuenta de ciertos papeles anónimos publicados en 1713, 1714 y 1725, dice así: «En estos papeles se atribuía á la Academia que su intento era corregir la lengua castellana: llamaban reformadores y maestros de ella á los académicos; poníanles varios apodos para hacerlos ridículos en el público... La

Academia tomó el partido de no responder á sátira ninguna, y su silencio fué desarmando la emulación, mejor que pudiera la respuesta más convincente.» Esto dice el Diccionario en su segunda edición de 1770, pág. XXXI. De cuyo testimonio se saca que la Academia no se tenía por reformadora ni por maestra del castellano.

GAM.—Quédame á mí un escrupulillo acerca de esa Introducción. El silencio de la Real Academia en el caso presente háceseme algo misterioso. Entiendo yo que quien calla no dice nada, ni en pro ni en contra.

NEAN.—Amigo, si tú me llamas á mí, pongamos por caso, ladrón, y yo por prudencia me callo, ¿sacarás de mi silencio que soy ladrón?

GAM.—No; mas no sacaré que dejes de serlo, según aquello *quien calla otorga*.

NEAN.—Pero si yo callando pongo en limpio mi honradez, luego atajaré tu perplejidad.

GAM.—¿Qué dirás, amigo, si cogiéndote con el hurto en las manos vemos callas como un zorro?

NEAN.—No es ese el caso.

GAM.—¿Cómo no? Yo tengo bien leída la Introducción del Diccionario. Ahí en la misma página XXXI usa la Academia la locución *tomar parte en*. Ese es un manifiesto hurto hecho á la lengua francesa; en ningún autor español de los siglos XVI y XVII hallarás la frase *tomar parte en*, que por francesa es adulterina. Otras hay en la misma Introducción que nunca

fueron clásicas; no te las quiero citar. El silencio de la Academia á los que la trataban de reformadora, correctora, maestra, te digo yo tiene algo de misterioso.

GER.—Advierde, hijo, que el silencio de la Academia *desarmó la emulación*, como ella lo declara.

GAM.—¿Cómo la podía desarmar? La frase *tomar parte en alguna cosa*, ¿es, por ventura, clásica?

GER.—No lo es, ningún clásico la usó.

GAM.—¿Quién, pues, la introdujo en el Diccionario? ¿Quién dió licencia para usarla, siendo propia del francés?

GER.—Nadie, hijo, porque en el cuerpo del Diccionario no hay tal frase, siquiera la leamos en esa Introducción.

NEAN.—Sacúdete, amigo, esa banderilla: esta vez te atarugan.

GAM.—¿De manera, D. Geroncio, que el callar en el Diccionario y el hablar con el ejemplo en la Introducción no es apropiarse la Academia el título de maestra y reformadora?

GER.—Hijos, á mí no me cumple la obligación de defender á la Real Academia; pero una cosa es predicar, otra dar trigo, como dicen; una cosa es enseñar, otra contravenir á la enseñanza. Eso nos faltaba, que quien da reglas de oratoria, por ejemplo, tenga que ser extremado predicador. Si la Academia empleó esa frase en su Introducción, con tal que no la diese

por castiza, como no la dió por tal en el cuerpo del Diccionario, no la podemos tachar de haberse arrogado el título de maestra. Ciertamente, en la misma segunda edición del 1770 vemos ya el reflexivo *abandonarse*, por *entregarse á la ociosidad*; el *adoptar*, por *admitir alguna opinión*; el *alcance*, por *ingenio, talento*, y otras voces más arrimadas al francés que al español: lo cual podrá significar que en 1770 la lengua castellana iba ya muy de rota, aun entre los que tenían por oficio el limpiar, fijar y dar esplendor al romance. Comoquiera, el tal cual cumplimiento de ese oficio no los calificaba de maestros ni de reformadores del lenguaje castellano.

NEAN.—Gamantes diría que de corruptores, ¿eh?

GAM.—Yo no digo nada, pero me afirmo en que el galiparlar no es hablar castellano castizo.

GER.—Dejemos esta disputa. Vamos, Gamantes, á lo propuesto arriba. Deseoso estoy de oírte.

GAM.—Beso la mano á vuesa merced por la que en su salva me hace. No es que intente yo elevarme sobre los coturnos de períodos rodados para desatar los raudales de la quijotesca elocución; quédese esa afectada afluencia para los periodiqueros de hoy que, cuando no saben qué decir, apagan con el ambicioso follaje de viles serojas el apetito de sus curiosos lectores.